

## TEQUENDAMA

En la cordillera oriental de los Andes colombianos, á dos mil seiscientos metros sobre el mar, se encuentra una planicie, grande y hermosa, asiento que fue de un antiguo lago en las primeras edades del mundo.

Es la sabana de Bogotá, de clima fresco y delicioso, por razón de su altura, y de una flora tan extraña á las tierras ardientes que la rodean, que bien puede considerarse esta región como un oasis de primavera incrustado en el corazón de los trópicos.

Aquí la grama es siempre verde; una gran variedad de flores de alegres matices embalsaman el aire con su delicado aroma; los árboles jamás pierden su follaje, y los huertos despiertan la codicia del gusto con la abundancia y lozanía de sus sabrosos frutos.

Riégala en toda su extensión el río Bogotá, el Funzhé de los chibchas, manso en la llanura, vivo é impetuoso al azotar las breñas de Tequendama, donde forma la bellísima cascada de este nombre, una de las más notables curiosidades naturales del continente americano.

Todo es motivo de agradable sorpresa para el viajero que después de abandonar una de las estaciones del Ferrocarril del Sur avanza por la carretera hacia la línea de montañas, que le cierran el horizonte por el frente.

El camino ancho y limpio está orillado de tapias bajas, en donde crecen matas de tuna espinosa, renuevo de la broza de los bardales. A la derecha, en un campo que fue trigal, ahora recién segado, se alzan como cabañas de castores, grandes montones de la fecunda y dorada espiga. A la izquierda hay dehesas donde pace el ganado de la vecina hacienda: yeguas, que tras de mordiscar el prado galopan con la crin al viento, seguidas por turbulenta cría, mientras la vacada, inmóvil, en torno del corral donde están encerrados los terneros, exhala mugidos apagados y melancólicos, como débil protesta contra la separación de su prole.

A poco de andar, se encuentra el Funza, de curso lento y perezoso, girando en mil curvas y revueltas, retrocediendo á veces, como si presintiera el fin de su correr tranquilo. Los sauces de la orilla se inclinan con blandura á su paso, para tocar el agua, con su luengo y cimbrador ramaje.

Y así van peregrinando río y viajero, ambos ajenos á la mutación que les aguarda, cuando de súbito, al rodear una colina, se encuentra la abertura por donde se precipita el Funza, en plano inclinado, encrespado y mugiente, dando tumbos y estrellándose contra los peñascos de la orilla.

También descende el sendero, con abruptos barrancos de un lado y el río del otro, hasta un punto donde abriéndose la quebrada se forma el remanso de *El Charquito*.

Aquí se halla la instalación eléctrica que provee á la capital de luz y fuerza motriz. Muy cerca de la elegante fábrica de ladrillo se agrupan unas cuantas casitas de madera, pintadas de blanco, con techo rojo y verdes persianas. La diversidad de flores que allí se cultivan, la amenidad de los prados, el gracioso arbolado de las riberas y el panorama de los cerros, cubiertos de maleza, hacen de este vallecito risueño un lugar que nada desdeciría de los más pintorescos de la Suiza.

Pasado el remanso, las aguas enfilan por un angosto canal, aumentando por instantes su velocidad, y en presuroso oleaje se rompen con furia contra las puntas salientes de la escarpa que estrecha su cauce. También se percibe á lo lejos un ruido sordo y prolongado, débil al principio, pero que va creciendo, creciendo, como la nota baja y sostenida de la gran sinfonía ejecutada allí, á cielo descubierto, por las fuerzas vivas de la naturaleza.

Entre tanto el paisaje se torna más agreste y montuoso; encúmbrense los montes, á los matorrales sucede el bosque y se tropieza con peñascos de formas caprichosas. Por último se llega á un espacio limpio, acolchado de trébol, sobre la propia orilla de la cascada.

Desde allí el espectador, atónito y confuso, contempla uno de los espectáculos más sublimes que al hombre es dado admirar sobre la tierra. Abrese á sus pies un vasto recinto circular, huella del espantoso cataclismo que desquició los montes en las edades prehistóricas; el río, que al perder su lecho, se convierte en tromba espumosa, hirviente; los altísimos murallones de roca, que componen aquel hondo sepulcro de las aguas; en los taludes superiores, el vigor de una vegetación cerrada y exuberante, y allá, abajo, el mismo río, empequeñecido por la distancia, huyendo por entre las quebradas del monte hacia las tierras cálidas.

Recibe el primer ímpetu de las aguas un escalón de piedra, situado ocho metros bajo el borde superior de la cascada. En este punto, el choque es formidable: la masa líquida rebota con furia, y á borbotones, en forma de arco se arroja en el espacio, convertido en torbellinos y plumas blancas, que se destacan sobre lo negro de la roca como haces de luz sobre el telón oscuro de la noche.

El turbión de la catarata, al desmenuzarse contra las peñas del fondo, se muda en densa neblina que sube buscando las alturas. Tal parece, como dijo el sabio colombiano (1), que el Bogotá, "acostumbrado á recorrer las regiones elevadas de los Andes, ha descendido á pesar suyo á esta profundidad, y quiere orgulloso elevarse otra vez en forma de vapores."

Mide el Funza, antes de su caída, veinte metros de ancho, y se despeña á una profundidad de ciento treinta y cinco metros, siendo por lo tanto Tequendama el único salto que combina con ese volumen de aguas tan estupenda altura.

El aspecto bravío de estos lugares, unido á lo espantoso del abismo y al fragor de la cascada, influyó de una manera poderosa en la imaginación del pueblo chibcha,

(1) Caldas.

que veía en Tequendama una manifestación palpable del poder tremendo de Bochica, el más reverenciado de sus dioses.

\* \* \*

Chiminagua, el dios bueno, señor de todas las cosas, había terminado la obra de la creación y todo lo que forma la belleza del universo.

En seguida, Bachué la fecunda, nacida de un rayo de sol, pobló la sabana de Bacatá (1), y enseñó el culto de los dioses.

Pero los chibchas estaban muy atrasados, desconocían la industria é ignoraban por completo las artes.

Entonces apareció en la llanura, por el lado de oriente, un anciano venerable. Tenía la piel blanca, la barba crecida hasta la cintura y los cabellos á la nazarena, ceñidos en la frente con una cinta. Vestía larga túnica y sobre ésta un manto oscuro cuyas puntas se ataban con un nudo sobre el hombro derecho.

Este fue Bochica, maestro y civilizador del pueblo. Por dondequiera que iba, enseñaba á las gentes el modo de construir las casas, de labrar la tierra y preparar las sementeras, el hilado del algodón, á tejer mantas y adornarlas con indelebles colores. Enseñóles también á trabajar el oro y fabricar sus joyas.

En sus predicaciones les enseñaba que el alma es inmortal, y que los hombres, después de su resurrección, reciben el premio ó castigo de sus obras. Dióles preceptos buenos: socorrer á los necesitados, vivir con austeridad y con pureza. Teníanlo los chibchas en tánta veneración, que lo consideraban como el mensajero de Chiminagua; lo seguían las multitudes, y en el lugar donde predicaba hacían santuario y enterraban tunjos (2) de oro y esmeraldas.

(1) Hoy Bogotá.

(2) Figurillas de hombres ó animales, de oro ú otros metales, y también de arcilla.

Vivió con los chibchas muchos años, y cumplida su misión fue arrebatado al cielo.

Después vino una mujer de extremada belleza, llamada Huitaca, el genio malo del pueblo. Enseñó la danza y la borrachera, predicó la sensualidad y la venganza. Bochica, desde el cielo, convirtió á esta mujer perversa en lechuza; pero Huitaca había destruído el germen del bien sembrado por el maestro, y acostumbrado al pueblo á los placeres más licenciosos y á los más abominables crímenes.

Indignado entonces Chibchacum, el dios especial de los habitantes de Bacatá, hizo crecer los ríos Sopó y Tibitó, de tal manera, que se inundó la sabana, quedando convertida en un extenso lago.

Los chibchas huyeron despavoridos á los montes vecinos, donde perecían de hambre, por no haber allí lugar donde hacer sus siembras. Volvieron, pues, los ojos á Bochica, su deidad clemente y bienhechora, y le imploraron con grandes clamores, penitencias y sacrificios.

Una tarde el dios se les apareció en figura humana, sobre el arco iris y lanzando la vara de oro que en la mano traía, rompió la muralla de roca que cerraba la sabana por el poniente y abrió paso á las aguas, que formaron el magnífico salto.

Y para castigar á Chibchacum por aquel diluvio, le hizo cargar sobre los hombros la tierra, que antes descansaba sobre estacas de guayacán.

Hay veces que el Atlante chibcha, fatigado por el enorme peso, cambia el mundo de un hombro á otro para descansar, y de ahí los temblores de tierra, más ó menos fuertes, según el esfuerzo con que se verifica la mudanza.

\*  
\* \* \*

A la altura del escalón, donde por vez primera chocan las aguas de la cascada, hay una roca saliente á la cual se baja por un túnel natural, abierto en la cornisa.

Allí acudían los indios, y prosternados ante la pavorosa del santuario, creían percibir entre el rugido de las aguas los terribles acentos de Bochica.

Allí, en más de una ocasión, Nemequene, el zipa (1) de Muequetá, el poderoso caudillo, se adelantó solo hasta el borde mismo de la roca para rendir culto á Cuchabiba, el dios de aire resplandeciente, cuya imagen, en forma de arco de colores bellísimos, se pintaba sobre la nube de la catarata. Nemequene se inclinaba sobre el abismo, soltaba la ofrenda y erguía después, orgulloso y magnífico, coronado de esmeraldas, flotando al viento, su túnica blanca de listas rojas y negras.

Mientras tanto la servidumbre, á respetuosa distancia, contemplaba la forma hercúlea de su rey tocado por el iris y envuelto por las nieblas.

JOSÉ MIGUEL ROSALES

(1) Zipa, señor de los señores, el rey.

## EL DIVISOR 7

Presentamos á los aritméticos y matemáticos una regla práctica y sencilla para saber si un número dado es divisible por 7, y la explicación que, en nuestra opinión, nos parece la única científica. La regla en referencia la podemos formular en los siguientes términos:

*La condición necesaria y suficiente para que un número sea divisible por 7 es: que si multiplicada la cifra de sus unidades por 2 ó por 9 y deducido este producto de las decenas, centenas, etc., el resultado sea 0, 7 ó un múltiplo de 7; ó que multiplicada la cifra de sus unidades por 5 y sumado este producto con las decenas, centenas, etc., el resultado sea 7 ó un múltiplo de 7.*